



Seminario de Silencio

La transfiguración del Señor

Del Evangelio según Lucas (9, 28b-36)

En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar.

Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» No sabía lo que decía.

Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube.

Una voz desde la nube decía: «Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.»

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

TRÍADAS

En el relato de la Transfiguración, los apóstoles ven al verdadero Jesús. También tu verdadero ser es un diamante. ¿Te ves así o te dejas engañar por las apariencias?

Meditamos para agudizar la vista interior y ver lo que somos, más allá del oropel o del lodo que nos cubre y oculta. ¿Cuál es para ti ese oropel o lodo que te impide ser lo que eres y brillar para el mundo?

Ni los sentidos ni la razón pueden percibir lo divino. La única manera de percibir esa presencia es bajar a lo profundo de nuestro ser. ¿Sientes que tu meditación es ahora más profunda que hace unos meses?

La gran tergiversación

Esta lectura evangélica es lo que se conoce como una teofanía o manifestación de Dios, si bien la Biblia entera puede entenderse como el relato de las teofanías. Esta transfiguración de Cristo ante sus apóstoles no debe entenderse como una puesta en escena por parte del maestro Jesús para que sus discípulos vieran y creyeran en su gloria; tampoco debe interpretarse como una crónica de lo sucedido. Y mucho menos como una gracia especial que se concede a tres elegidos para que robustezcan su fe.

Una cosa es la experiencia y otra muy distinta el lenguaje mítico en el que la Biblia suele expresarse. Esto es muy claro cuando se comprueba que esta narración emplea los mismos elementos que utiliza el AT para relatar las teofanías de Dios. Veamos todos esos elementos.

El monte, lugar de la presencia de Dios.

El resplandor o la luz, signo de que Dios estaba allí.

La nube, en la que Dios se manifestó a Moisés y que después acompañó al pueblo en su éxodo por el desierto.

La voz, que es el medio por el que Dios bíblico comunica su voluntad.

El miedo que siente todo aquel que descubre la presencia de lo divino.

Las chozas o tiendas, que Pedro pretende confeccionar para prolongar el momento y que son una clara alusión a la fiesta judía en la que se conmemoraba el paso por el desierto, de la esclavitud a la libertad.

Moisés y Elías, que aparecen a la derecha e izquierda del Jesús transfigurado, son los símbolos de la Ley y de los Profetas, es decir, los dos pilares de la religión judía. De esta forma se muestra la continuidad de la propuesta de Jesucristo con su pasado cultural. Pero ninguno de los dos está en el centro, lo que significa que para el cristiano Jesús es la referencia última.

De lo que aquí se trata es de una transfiguración, lo que significa no un cambio en lo esencial, sino en lo aparente. Como en los relatos en que se habla del Resucitado, lo que aquí se quiere resaltar es que en la carne de Jesús se manifiesta la gloria de Cristo. Que nuestra condición mortal, limitada y precaria, puede ser un escenario para la divinidad. Que son muchas las cosas que ordinariamente no vemos.

Lo que llamamos "gloria de Dios", por otra parte, no tiene absolutamente nada que ver con lo que entendemos por gloria humana: cetros, coronas, poder, fama, honores; todo eso que nosotros nos empeñamos en añadirle a Dios no es más que la gran tentación. La gran tergiversación y manipulación del mensaje del Evangelio. Lo que Jesús nos enseñó es, por el contrario, que debemos deshacernos de la escoria de nuestro falso yo para descubrir el oro puro de nuestro verdadero ser. Pero nosotros, sordos y ciegos a nosotros mismos y a la realidad –que es donde Él se manifiesta–, seguimos esperando que Dios recubra de oropel o purpurina esa escoria que tantas veces somos, para que parezca oro y brille ante los demás. La gran pregunta es si estamos dispuestos a aceptar la salvación que

Jesús nos propone o si no seguimos más bien empeñados en exigir de Dios la salvación que nosotros deseáramos para nuestro falso yo.